

Primera Edición, noviembre 2025
DE COMPASIÓN Y LA MUJER DE LOS CABELLOS BLANCOS

© Nale Parada Mas, 2025
© Editorial Isla Filosofía, 2025
Todos los derechos reservados
www.filosofiamallorca.org
@nale.parada

Diseño de cubierta e ilustraciones collage:
Luna Pérez Visairas · www.lunaperezvisairas.com
Diseño y maquetación:
Elisa Ruiz Gil · www.esbrava.com

Impreso en Books Factory en papel Ecco-cream v2.0 proveniente de fuentes gestionadas responsablemente (certificación FSC)

ISBN: 978-84-129681-2-5
Depósito Legal: PM 00957-2025

FOTOGRAFÍAS USADAS EN LOS COLLAGES:

Portada: George Hoyningen-Huene. 1940s.
Contraportada: Margaret Morris por Fred Daniels, 1935.

DE COMPASIÓN

Y LA MUJER DE LOS CABELLOS BLANCOS

Una historia de amor e imparmanencia contada con dos léxicos contrastados: commoción y reflexión, que pretenden fundirse con las memorias de otros a través del diálogo.



Esta novela mayéutica propone jugar a pensar, jugar a la reflexión sentida, haciendo las pausas necesarias para poder cuestionar lo que pensamos y sentimos. Es un ejercicio de indagación que alberga un gran potencial. Puede parecerse a abrir las ventanas de una habitación de nuestra psique para ventilar y permitir nuevas posibilidades.

La commoción que expresa la prosa poética abre interpretaciones. Las opciones y ejercicios que la siguen, como en la vida: a veces nos gustan muchas opciones y otras, ninguna. Tan solo pretende inspirar la acción dialógica con otros y la reflexión con uno mismo. Poco más. Nada tiene que ver ni con mis opiniones ni con propuestas de las llamadas ciencias humanas.

La voz narrativa múltiple alude a la multitud que puede conformar el parlamento de nuestra psique. Lo cual me lleva a un fragmento del filósofo B. Russell que, posiblemente, entre otros muchos parlamentarios, inspiraron este librito:

“Toda pasión dominante engendra un temor, el temor de su no realización. Todo miedo dominante engendra una pesadilla (...) Todo hombre que deseé preservar su equilibrio mental en un mundo peligroso, debería convocar en su propia mente un Parlamento de temores en el que cada uno de estos, en turno sucesivo, sería declarado absurdo por todos los demás.”

DE COMPASIÓN

Y LA MUJER DE LOS CABELLOS BLANCOS

))

Nale Parada Mas



· AGUAS DE FILOSOFÍA Y POESÍA ·

Era un territorio muy árido, repleto de orfandad, en el que nos habían ocultado que nacimos con la pérdida. Nos dieron una madre sustituta, amaestrada, que no nos podía amar. Nos protegían padres desamparados vestidos con algún sexo. Nos protegían de la pérdida mintiéndonos. Tan desorientados que nos controlaban con el miedo y la culpa. Su peor mentira era llamarla razón, por eso, insatisfechas, buscábamos la razón verdadera. Y al intentar besar sus labios, solo encontrábamos pérdida.

Al principio la pérdida era desoladora. Inhóspita.

No había nada peor que perder a los que amabas.

Un día, nos dimos cuenta de que solo podíamos perder lo que habíamos amado. Y encontramos.

La inmensa belleza que albergaba nuestra desolación.

En ese territorio tan árido hubo una vez alguien que murió en mis brazos, alguien tan bondadoso que, sin duda alguna, sabía amar. No he encontrado aún a nadie tan sólido y tan frágil. Alguien de quien me es imposible dudar de que su mirada sabe ver. Solo tú te pareces.

Tuve la suerte de conocer a alguien que murió agradeciendo todo el amor de los que había amado. Se parecía a ella.

*Un poco antes de morir, pensando que moría, sin una gota ya de sed:
- Sé buena-, fueron sus últimas palabras. Se extinguía y pensaba en mi bien. Me conmocionó.*

Cuando expiró en mis brazos, después de yo llegar corriendo en el último instante respondiendo a su silenciosa llamada, me quedó en el pecho una enorme sensación de amor y paz.

Quizá, por eso, cuando pienso en el amor verdadero se me desborda la paz que yace en mi pecho. Y cuando me inundo en lágrimas, sé que en el fondo hay amor.

Opciones

Has conectado profunda y experiencialmente con el agradecimiento que implica comprender que “solo podemos perder lo que hemos amado”.

Puedes expresar con claridad y calidez el sentido de tu vida.

También estás aquí para ver la belleza y aprender a ver la belleza de la fealdad.

Lo que más te ha resonado del texto es que si alguien te dice: - Sé buena-, está pensando en tu bien.

Has tenido la suerte de recibir el amor de alguien bondadoso y su memoria se convierte en tu brújula cuando pierdes el norte.

Ejercicios

¿Has podido transformar la indignación ante la “falta de virtud” de alguien en compasión? ¿Qué procesos personales fueron significativos para ello? ¿Qué puedes ver ahora que no podías ver antes?

¿Qué virtudes o cualidades puedes ver en esas personas que consideras bondadosa? ¿Manifiestas dichas cualidades en tu vida?

¿Qué virtud tenían tus progenitores si los conociste? ¿Tu madre? ¿Tu padre? ¿Una madre o padres sustitutos? ¿Tienes tú esas virtudes?

*“Porque el amor, aunque es uno de los hechos más raros de la vida humana, posee un inigualado poder de autorrevelación y una inigualada claridad de visión para descubrir el quién, debido precisamente a su desinterés, hasta el punto de total no-mundanidad, por lo que sea la persona amada, con sus virtudes y defectos no menos que con sus logros, fracasos y transgresiones. El amor, debido a su pasión, destruye el en medio de que nos relaciona y separa de los demás (...) El amor, por su propia naturaleza, **no es mundial**, y por esta razón más que por su rareza no solo es apolítico, sino antipolítico, quizá la más poderosa de todas las fuerzas antipolíticas humanas”.*

H. Arendt, *La condición humana*.

Opciones

Entre otros pensadores, J. Krishnamurti me ayudó a entender lo político de otro modo: ¿Cómo no va a haber guerras en este mundo si tenemos conflictos incluso con los que amamos? ¿Cómo no vamos a tener conflictos con los que amamos si tenemos conflictos con nosotros mismos?

Ves que la primera semilla política es el trabajo en la propia virtud y, como dijo Gandhi, su desarrollo consiste en ser el cambio que quieras ver en el mundo.

Es más, si sabes que formamos parte de un sistema, pero lo que depende más inmediatamente de nosotros es ese conflicto interno con nosotros mismos.

Piensas que el mundo de la poiesis, de la acción creativa, de la acción política, de la buena acción, debería estar movido por personas que saben operar desde el amor inteligente más allá de apariencias y un claro don para ejercer la justicia en cualquier acción. Además, piensas que sería posible porque conoces a personas con esas cualidades.

Sientes, más bien, que el que te crea conflicto es este mundo injusto, este mundo en conflicto repleto de seres en conflicto.

Piensas que el principal problema político es que el amor inteligente es una visión real tan escasa en el mundo como una orquídea mallorquina.

Ejercicios

¿Has resuelto algún conflicto interno cuya distorsión se proyectaba en el exterior?

¿Conoces a alguien con tendencia a acciones injustas o malvadas que tenga paz y sea feliz?

¿Crees que se puede llegar a un consenso entre la compasión y determinadas leyes necesarias para el orden social?

Aquella voz intensa y cálida, que hacía pausas tan interminables como sus blancos cabellos, sincronizadas con largas miradas que parecían ver a través, se silenció. Sentías en el espacio una sensación extraña. Tu mente estaba arrasada. Tu cuerpo, mientras ella habló, no te hubiera podido sostener. Sentías que las emociones que te producían sus palabras, temblaban. Durante la conferencia, tenías la sensación de estar reteniendo algo que quería salir de tu cuerpo y acercarse a ella. Por eso, cuando viste cómo aquel organismo que te parecía tan entero, tan consciente de su presencia y la de los demás, se incorporó de modo casi imperceptible para desaparecer, te sentiste tremadamente aliviada.

El libro de la mujer de los cabellos blancos era como si lo hubieras escrito tú, aunque tú te creas incapaz de escribir. Aún no sabes si has aprendido algo que merezca ser compartido. Quizá te conmovió porque si pudieras hacerlo escribirías de ese modo.

Siempre subyace una profunda alegría cuando encuentras belleza humana en los textos, pero había algo más en ese encuentro y lo habías podido constatar con su presencia. Lo sabías, aunque aún te faltaba información para poder explicarlo. Sentías que alteraba, removía y condensaba el lenguaje como un fenómeno que arrasa lo que sobra y logra que lo importante reviva. Ese libro te conmovió esa “psychè” griega que utilizas, cuando crees que otros tienen prejuicios con la palabra alma –normalmente fundamentados en determinada experiencia cultural–. Y no lo haces por complacer o seducir, sino por no perder el tiempo en más juegos de lenguaje innecesarios.

Sabías que deseabas volver a encontrarla. Llamaste a su editora. Según ella, vivía en una montaña. De las que quedan pocas. Alta. Empinada.

Abrupta. Solitaria. Sin cobertura. Te dio ese teléfono inútil. Y la mente, tan extraña, te hizo recordar en alguna de esas llamadas sin conexión, que no le habías avisado. Le llamaste de inmediato. Para pedirle que fuera contigo. Aunque no sabías si debías ir, si lo hacías con alguien solo podía ser con él. Volviste a llamar al móvil. Su teléfono también estaba apagado o fuera de cobertura. Él solía estar apagado o fuera de cobertura. Empezaste a tomar decisiones, dejaste la universidad e iniciaste el camino que hubieras querido hacer acompañada. Por eso, subiste llorando. Y en un instante recordaste, girándote para mirar el ocaso, que estabas embarazada.

Opciones

A la hora de hablar tienes en cuenta, en la medida que tu intuición lo permite, los posibles prejuicios de los demás, y lo haces, en ocasiones, para evitar dar una mala impresión.

Los sueles tener en cuenta para facilitar la comunicación y para evitar más obstáculos de los inevitables

Ya te es suficiente con atender a tus propios prejuicios y no te ocupas de tan extraños menesteres.

También sientes una profunda alegría cuando encuentras belleza humana en los textos y fuera de ellos.

Ejercicios

¿Tienes tendencia a tener cargada o contracturada la zona cervical?

¿Te cuidas para evitarlo?

¿Tienes tendencia a compartir la belleza que encuentras? ¿Tienes más tendencia a compartir la fealdad?

¿Entiendes que en las noticias la belleza esté tan frecuentemente asociada a fealdades como la vanidad y la avaricia?

*Lo siento,
lo siento,
lo siento,
lo siento,
“lo siento” todo tanto...*

La memoria de la disculpa se expande en tu presencia sin reparos.

Siento no haber cumplido tus expectativas, e incluso, no poder ni saber reprocharte el que tú no cumplieras las mías.

A veces, ni siquiera sé si las tengo. Solo cuando lo que sucede me fastidia, puedo percibirlas.

Siento no saber explicártelo para que lo entiendas. Siento sentir tu dolor como si fuera mío, sabiendo que no lo es.

Más vale reír.

Aunque tú te enfades cuando me río en los momentos difíciles.

Lo siento. No supe. No pude. Me fue absolutamente imposible. Fui incapaz. Incapaz de ayudarte porque no depende de mí. No te puedes ni imaginar cómo esa obviedad me fastidió en su momento.

Mi confusión me asumió. Deseaba hospedar palabras repletas de amor y sabiduría, antes de descubrir que no me sentía capaz tan siquiera de narrar historias humanas. Ni comprender la verdad de las historias humanas. Estaba cansada de ver, de oír, de leer simulacros

de historias humanas. No podía ser la que escribía “lo que ha visto”, ni la que explicaba “lo que ha oído”, porque tan solo había visto y oído simulacros. Creo que estaba saturada de imágenes-simulacro, de historias-simulacro, de Historia-simulacro, de conocimiento-simulacro, de vida-simulacro que no se reconocía ni a sí misma en su proyección.

Tan solo podía escribir palabras-simulacro que no disimulaban nada. Siento decir que, incluso, aún puedo ver en ello cierta tentativa de dignidad. La humana dignidad de sentirlo, de sentirlo todo mucho, tanto, que las palabras parecen simulacros, ahogándose en un enorme “lo siento” que se expande como un eco.

Opciones

En momentos de dificultad y resolución de problemas indagas en lo que depende de ti y lo que no depende en las diferentes capas de la realidad y la conciencia.

Sabes que no puedes elegir tus sensaciones, emociones y pensamientos, pero sí el tipo de mirada que los observa.

También te sueles reír en los momentos difíciles.

Crees que, si de verdad “le quisiera”, no podría decirle eso, que se tendría que haber esforzado más para intentar ayudarle, aunque no dependiera de ella el poder hacerlo.

Sientes que el verdadero amor no puede rendirse ni sentir ese tipo de “lo siento”.

También lo sientes mucho o también sientes mucho.

Ejercicios

¿Puedes lograr reírte de aquello que más te agobie en este momento vital? ¿Puedes explicitar el proceso que haces para lograrlo? ¿Puedes ver que el humor es el más rápido transformador de emociones?

¿Hay en ti algún “lo siento” que aún no has podido expresar?



Proyecto

al

Silencio

Proyecto

Si

Otra

Proyecto

Soy 'proprio'

Trayecto al silencio retenido.

Los que pudimos ser princesas, no quisimos vencer al dragón. Ni encontrar el tesoro. Ni adivinar el acertijo. Quisimos escribir nuestros cuentos, nuestras religiones, nuestras filosofías. Decidimos inventar nuestras propias mentiras.

Nos habían transformado en palabras que no eran nuestras, para subyugar cierta masa de verdades pesadas cuya materia es falsa.

Los que no fuimos nombrados por la forma, pudimos ser.

Ya no pudieron tutelarnos. Nacimos desprendidos de la virgen y la puta. Del guerrero y el soberano. De polaridades absurdas e irreales.

Les éramos ajenos. Transitamos desde la propiedad estática, a la indigencia misteriosa e indefinida.

Conocíamos una intensidad que gestaba angustia.

Cuando los que amábamos despreciaban nuestra libertad y nos rechazaban. Aprendimos a desconocerla.

A no aferrarnos a otros cuerpos ni sensaciones. Ni a las propias. Exacerbándolas. Entregándonos. Extremando la profundidad de las palab-

bras hasta hacerlas aflorar a la superficie. Dramatizando para hacerlas cómicas. Fatuas. Terribles.

Cercionándonos de que no nos sientan bien los lenguajes ajenos. Las heridas que otros nos proyectan hiriéndonos.

Por eso nos desnudamos bruscamente. Despojándonos de esos símbolos y conceptos que no eran nuestros.

Nos habían cubierto el cuerpo con mortajas. Tan solo sin esos ropajes podíamos hablar para ser personas humanas.

Nos reconocíamos, en pequeños espacios de lucidez, solitariamente, solidariamente, llenas de amor y soledad. Éramos capaces de reconocernos durante breves instantes.

No era un momento reflexivo. Carecía de palabras gritadas, aulladas, susurradas, sospechadas, innecesarias, inalcanzables, en potencia, extinguidas, escritas, silenciadas o calladas. Nuestro momento también era ajeno a la ausencia palabras.

Y es que las palabras siempre están un poco sordas. Tienen dentro demasiado ruido. La contaminación acústica que hay en sus contextos las impide escuchar correctamente. Cada palabra individual, además de ser una experiencia particular de sonido, está llena, repleta, rebosante. Tiende más a desbordarse que a alcanzar la plenitud. Son tan solo palabras. Limitadas. Insuficientes. Tan pesadas. Tan llenas de personas, de a prioris, de palabras, de símbolos, de esquemas, de sensaciones, de imágenes, de teorías, de más palabras, de más personas. Tan llena, cada pequeña palabra, que es capaz de agotarse a sí misma.

La verdad que entonces podíamos conocer era demasiado amplia, demasiado estrecha, tan llena y tan vacía. Inmersa siempre, casi ahogada, en lo plural.

Rebosaba ideas, emociones, sentimientos, símbolos, recuerdos, sueños, y palabras, palabras, palabras. Estaba llena de esas palabras. Y de todas esas otras. Miles e incontables determinaciones que habíamos interiorizado.

Estaban llenas de atracciones y aversiones, intentando disimularlas. Rebosando deseo de silencio. Colmadas en la intuición de las sombras que nos reconocían.

Culpamos a las palabras. Había palabras que se creían importantes. Orgullosas y estúpidas. En un tandem. Incapaz de reconocer al otro y ampliarse. Rechazaban, juzgaban, no querían intentar comprender.

Si el silencio se hubiera posado en ellas ofreciéndolas amor y soledad, hubieran dejado de existir. También hubiera desaparecido su mundo y no entenderíamos su lenguaje. No obstante, el lenguaje y la vida se nos imponían, indisociables. Asociábamos, inducíamos, agrupábamos, reducíamos, abstraímos, comparábamos, resumíamos, concluíamos, expresábamos, suponíamos, agregábamos, inventábamos, comprendíamos, dividíamos, separábamos, analizábamos, matizábamos, prescribíamos... y hacíamos todo eso, a veces, simultáneamente, y siempre fusionándolo con aquello que no expresan las palabras, con las naturalezas que no le pertenecen y con todas aquellas que por inmersión hace suyas sin poseerlas. Continuamos empecinadas en que fuera nuestro cuerpo mente y sentimiento o cualquier otra triste cosa verbal, su único sentido, su único motivo, era el amor. Y continuábamos creyendo que al amor no le quedaban bien las palabras: son demasiado concretas para expresar una capacidad expansiva que traspasa límites y fronteras.

Al no ser un concepto, no hay nada en él que representar.

Y si es una afirmación, es inexpugnable, inimitable, inagotable, indefinible.

Una afirmación casi imposible que se pronuncia silenciosamente en millones de miradas humanas cada día. A veces, miopes. Otras estrábicas. Pero siempre, terriblemente hermosas.

En la entrada a la cueva del lenguaje había unas largas escaleras que profundizaban. El pasillo iba estrechándose continuamente. Las estalactitas apuntaban amenazantes como hielo afilado, firmes como cumbres de montaña invertidas, resplandecientes como la luz en conserva. Si se continuaba caminando en la estrechez no se llegaba a ningún lugar. Allí nos entregamos al silencio. Y después ya no quisimos ser nuestras.

Al silencio no le gustan las mentiras. No necesita autoengaños. No se aferra ni al espacio, ni al tiempo. Ni a la forma, ni al género. Le basta con ser. En su comprensión no necesita comprender. En su plenitud no requiere poseer. En su indefinición trasciende todos sus conceptos. Por eso el silencio es un nómada desprendido de certezas e incertezas. Los que quisieron darnos forma, esa forma siempre aparente, pues la apariencia es su materia, nunca nos comprendieron.

No podían entender que nos podíamos sentir negras, árabes, indias, indígenas, orientales, gitanas. Aunque nuestra piel siguiera temiendo al sol y fuera tan dulce como la sal de las salinas. Que podíamos sentir nuestros ojos negros, aunque tan solo pudieran fundirse con los campos verdes, con la claridad de los bosques y con la tristeza de la lluvia retenida. Que podíamos sentir nuestro cabello como el carbón o el azabache, aunque nos hubiéramos afeitado. Y que podíamos sentirnos humanos, aunque fuéramos mujeres y no nos sintiéramos blancas.

Ocurrió. Nos dispersamos al subir a la superficie. Y durante años perseguimos en el aire los sonidos del silencio, intentando encontrarlo en el interior de una montaña que intentábamos escalar hasta la cumbre de otras montañas. Allí intentamos conservar el recuerdo de los cielos que habíamos habitado, para que en nuestra interna oscuridad pudieran resplandecer y servir a otros.

Pero las palabras, que alcanzaban la velocidad de la luz, causaban interferencias. Y es que el mundo humano en la superficie de la Tierra transmite ondas de palabras continuamente, superpoblando el aire de conceptos, creando un eco continuo que llena el espacio de ruido.

Un ruido ininteligible.

Pero a todos, un día u otro, se nos rompió.

El estruendo se convirtió en un ruido descompuesto.

Muy distante al silencio.

El silencio nos expande. La ruptura nos reduce. Es subterránea.

Todas, un día u otro, nos vimos hundidas en el amor y la pérdida.

Y entonces, entendimos el dolor de la verdad.

El miedo de la humanidad de desperdiciar, por miedo, una vida impermanente. No era solo el miedo, era el miedo al miedo.

No era solo miedo a la muerte, era un miedo de índole metafísica: miedo a la propia oscuridad. A la oscuridad más profunda del cosmos. Miedo,

por creer no poder aceptarla e integrarla. Miedo a desconectarnos del corazón, a desconectarnos con ese exceso de mente asustada que solo genera más confusión para retroalimentarse.

Pánico a cerrar el ojo del corazón y dejar de ver con su mirada.

La mirada de la bondad que subyace en nuestro vulnerable corazón humano, esa pureza que no requiere defensas de tan valiente que es al saber mirar la vulnerabilidad de otros, sabiendo que ese otro también desea estar bien en un mundo en el que todos estemos bien, aunque diversas formas de temor, como el egoísmo, la avaricia o la cólera, puedan invadirlo para cegarlo, enturbiar su mirada e intentar hacerle olvidar. Pavor, pues, a no saber mirar y abrazar con amor, incluso el miedo.

Opciones

Entiendes que las palabras son solo mapas, que hacen referencia a un determinado territorio conocido o imaginado, y que son siempre reinterpretadas por cada receptor.

Además tienes en cuenta que los actos de habla, son también acciones capaces de generar sensaciones, ideas y experiencias.

Te parece casi un texto de metalenguaje, de la palabra sobre la palabra.

Sientes que “nosotros, los otros” es más de lo mismo de siempre, los diferentes, los especiales, los plurales, los iguales, los normales, los que pensamos lo mismo pero distinto.

Ves que es un texto con trazos feministas, en el sentido de una crítica al *status quo* del aleccionamiento en el pensamiento lineal, y la identificación con cualidades tópicas, limitantes, desfasadas y superficiales, proyectadas en los dos géneros, generando degeneraciones.

Te parece que lo filosófico, aun teniéndolas muy en cuenta, trasciende las contingencias y es, más bien, transpersonal y, por lo tanto, transcultural. Es decir, entiendes que uno puede tener una experiencia de rechazo y de sufrimiento por ser “mujer, negro, pobre, estúpido, hermoso, inteligente, envidiado” y un largo etc. que incluye estar en el momento y lugar inadecuados, y lo filosófico radica en cómo afronto dicha experiencia, es decir, reflexiones experienciales sobre el rechazo, la autoridad, la compasión o lo que subyace a un hecho. Por lo tanto, comprendes la problemática filosófica y política que implica convertir una contingencia o rasgo individual común en algo que genera identificación en una conciencia colectiva.

Lo que te parece prioritario del texto es lo difícil que es comunicarse adecuadamente con palabras tan repletas y rebosantes de contenidos culturales, experiencias personales propias y de los otros y, además, las más importantes prostituidas, degradadas, degeneradas. Si dada esa comprensión, tiendes a pensar mucho lo que dices y hablas pensando prudentemente.

Ejercicios

¿Has interpretado una circunstancia que has vivido con alguien que amas de modo muy distinto? ¿Te molesta o indigna de algún modo?
¿Hay algo que no comprendes?

¿Te interesa más lo que le ha podido suceder a una persona o la narrativa que emplea al respecto? ¿Te parecen más íntimos los datos biográficos o una interpretación filosófica sobre la vida?

Ella le miraba irse.

Al sol.

*Miraba cómo se iba la noche,
miraba irse, una tras otra, a las palabras.*

Les miraba irse,
a los días, a los sucesos, a las personas.

*Miraba cómo se iban los sentimientos,
miraba cómo se iban los pensamientos.*

*Miraba cómo él se iba,
cómo él se había ido,
les miraba irse,
a la lechuza, al gato, al perro.*

*Miraba cómo se iba el momento,
cómo corría tras él la mirada que miraba
y miraba cómo se iba la mirada
para mirar el movimiento.*

Opciones

Pensar que “todo cambia” te consuela en determinados momentos, y en otros, te desconsuela, confirmando que todo cambia.

Sabes que no es la impermanencia, sino la no aceptación de la impermanencia lo que causa sufrimiento.

Dicha comprensión te lleva a valorar aún más lo que se mantiene estable.

Piensas que, a nivel espiritual, la estabilidad o estatismo, se asienta precisamente en la flexibilidad y capacidad de adaptación a la impermanencia que permite sostener el mayor equilibrio posible en cualquier circunstancia.

No te gustan los cambios y cuando suceden te sientes desdichado.

Cuando te sientes desdichado haces un cambio cualquiera.

Ejercicios

¿Qué cambios son los más difíciles en esta existencia? ¿Qué puedes hacer para afrontarlos mejor?

¿De qué depende tu estabilidad emocional?

¿Quién es la mujer de los cabellos blancos?

Ella es la montaña que él, el que pretendía subir siete miles, nunca pudo escalar. Ella le ama con un amor que parece inaccesible, sólido como su cuerpo, finito como él, pero inamovible hasta el día que se derrumbe. Entonces dejará de ser una acumulación de amor convertida en polvo, que, desde su posición estática en las alturas, divisa constantemente, diferentes situaciones y perspectivas del “mismo mundo”. Las observa desde una quietud enraizada en la compasión que, orientada hacia el cielo del discernimiento y la comprensión, permite que se mantenga estable, a pesar de abrir constantemente la puerta del placer y del dolor.

Conocerla fue para mí la formulación de la pregunta del amor y del miedo. Juntos. Fuerza y vulnerabilidad. Siempre unidas. Pude, gracias a uno de esos regalos de la vida, disfrutar durante un tiempo de su solitaria compañía. Cada vez que me abrazaba, la sentía como la madre que nunca pude y todas las madres que la sustituyeron. Juntas.

*Ella escribió un libro que solo se publicó en la memoria antropológica de todos los que maternan, hayan o no parido, **con sangre y leche. Con pasión y ternura**. Se titulaba: “Trayectos de amor y soledad”.*